Francisco de Quevedo
La vida del Buscón



Real Academia Española

BIBLIOTECA CLÁSICA
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA VIDA DEL BUSCÓN



CON EL PATROCINIO DE

Obra Social "la Caixa"

FRANCISCO DE QUEVEDO

LA VIDA DEL BUSCÓN

EDICIÓN,
ESTUDIO Y NOTAS DE
FERNANDO CABO ASEGUINOLAZA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

SUMARIO

Presentación
IX

La vida del Buscón
1

ESTUDIOS Y ANEXOS

Francisco de Quevedo y
La vida del Buscón
181

Aparato crítico
243

Notas complementarias
259

Bibliografía
415

Índice de notas
451

Tabla

En buena medida, *La vida del Buscón* es una fábula sobre la identidad social. Pablos, natural de Segovia, es el hijo de un barbero ladrón y de una alcahueta algo bruja. Por azares de la vida, coincide en la escuela con un tal don Diego Coronel de Zúñiga, que se las da de noble y a quien procura arrimarse. Este personaje marcará la trayectoria del hijo del barbero, caracterizado desde niño por sus «altos pensamientos» y firme voluntad de «negar la sangre».

A don Diego sigue como criado, primero, en la misma Segovia, al pupilaje de un clérigo avariento, el licenciado Cabra, y luego, tras superar ambos a duras penas los estragos del hambre, a la Universidad de Alcalá, donde sufre novatadas y gana fama de travieso e ingenioso. Sendas cartas recibidas de sus familias respectivas determinan la separación de amo y criado. La de Pablos procede de su tío, Alonso Ramplón, un eficiente y pomposo verdugo que lo devuelve a la negra realidad familiar contándole cómo su madre ha sido encarcelada por la Inquisición y cómo él mismo ha ejecutado y descuartizado al bueno de Clemente, padre del buscón.

Con el objeto de cobrar su herencia, vuelve Pablos desde Alcalá a Segovia y se encuentra por el camino con una memorable serie de orates –un militón, un esgrimidor y un sacristán aficionado a las coplas–, así como con un ermitaño tahúr y un banquero genovés. En Segovia confraterniza, a su pesar, con los amigos de Ramplón, se hace con lo que restaba de su hacienda y marcha, tan pronto como puede, en dirección a la corte madrileña.

Aprovechará la amistad que hace en el camino con un campanudo pero precario personaje que se hace llamar don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán para ingresar con su aval en el madrileño colegio buscón, cofradía seglar de simulación y travestimiento. Después de una breve y accidentada visita a la cárcel, se instala en una posada, ya decidido a hacerse pasar en lo futuro por hombre de posición. Así, con el nombre de don Filipe Tristán, conoce a una coqueta dama, con la que ejerce de galanteador, y que resulta ser la prima supuesta de su antiguo amo don Diego, quien reaparece inopinadamente en escena.

En este punto los sucesos se precipitan. La falsedad de la identidad de Pablillos queda en evidencia y recibe, en circunstancias bien confusas, una gran paliza destinada, en principio, a su amo. Todo, pues, acaba muy mal en Madrid, por lo que, superado algún otro enredo, orienta sus pasos hacia Sevilla, donde se integra decididamente en los círculos del matonismo más degradado. De hecho, su participación en la muerte de un par de representantes de la justicia, urge la decisión de poner agua por medio y marcharse a América en compañía de su amante. «Y fueme peor, como V. Md. verá en la segunda parte, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.» Ese poco prometedor futuro que Pablos anuncia con una reminiscencia de Horacio queda como fácil moraleja del relato pero ya fuera de él.

Esto es lo que cuenta el buscón, poco más o menos. Ante el lector se despliega un desfile abigarrado de falsos nobles, estudiantes, trapisondistas, alcahuetas, tahúres, espadachines de libro, actores, soldados, monjas enamoradizas, busconas y jayanes, pero ningún gran señor, alto eclesiástico, militar con grado o persona de respeto. Todo parece regido por el fingimiento y la impostura. Y no es fácil extraer conclusiones acerca de cuál pueda ser el paradero de todos estos carros, menos aún de las alusiones o dardos disimulados entre líneas, que haber los hay. Pero esta fábula, magistralmente escrita y mucho menos deslavazada de lo que a veces se asegura, ha dejado una huella profunda en las letras españolas.

Es el único caso en que se inclinó Quevedo por la ficción novelesca. Bien conocido por su enorme capacidad satírica, en prosa y verso, por lo excepcional de su inspiración poética o por la erudición y efectividad argumentativa de su prosa doctrinal, Jorge Luis Borges lo definió como toda una «dilatada y compleja literatura». Sin embargo, dentro de esa multiforme labor creativa, en la que «tan a menudo las partes son mayores que el todo, en que los detalles son más sutiles, más hábiles, más graciosos, a menudo más grandiosos o estremecedores que el todo» (así Raimundo Lida), apenas hay cabida para el relato de ficción extenso. La excepción es la narración autobiográfica, protagonizada por Pablos de Segovia. Es una obra singular, que replica y se inspira en las narraciones picarescas de gran éxito a principios del siglo XVII, principalmente el *Lazarillo de Tormes* y el *Guzmán de*

Alfarache, pero que igualmente acoge la huella de otras muchas formas y textos literarios previos y contemporáneos. Podría decirse también que constituye, en cierto modo, una *summa* de la vena satírica y aguda del célebre cojitranco, tan amigo de incorporar todo tipo de materiales propios y ajenos. Y en efecto el *Buscón* ha sido siempre admirado y repudiado –ambas cosas– por su estilo agudo, por su negro humor, por la agresividad de su ingenio y por la imagen grotesca que traslada, mediante una inigualada intensidad lingüística, de la sociedad española inmediatamente posterior a los dos grandes Austrias.

Esta dimensión verbal, tan obvia, sólo se entiende a partir de la aversión quevedesca hacia el lugar común y las poses sociales de todo tipo. De ahí su vigor satírico y la capacidad para dar con los resortes del comportamiento y los hábitos de tipos y figuras desde una perspectiva que es sobre todo cortesana y señorial, pero nada acomodaticia. La escritura fue para el autor de *La hora de todos* una manera tanto de ganarse la posteridad como de relacionarse con su entorno; y también fue, como se ha escrito, un instrumento de sus pretensiones.

No siempre es fácil de traducir esto en una interpretación consecuente. De hecho, hay pocos espectáculos críticos tan contradictorios y desconcertantes como el que deparan los esfuerzos por dar sentido inequívoco al relato de la vida de Pablos. El recorrido por los análisis de nuestra obra constituye un retablo sin par de las virtualidades e incapacidades de la filología y la crítica modernas. Y Quevedo tampoco ayudó, pues su actitud pública hacia el *Buscón* no tiene igual en lo que se refiere a sus obras más extensas. Nunca admitió abiertamente su responsabilidad sobre este escrito, a pesar de alguna alusión sumamente esquiva, y jamás tampoco la desmintió. La consecuencia es que no sabemos a ciencia cierta cuándo lo escribió ni en qué contexto. Y eso que, ya en su tiempo y más aún después, el *Gran Tacaño*, como se conocería la obra en muchas de las ediciones póstumas, fue una de las obras que mayor popularidad le reportaron. Verdad es que también le granjeó ataques y denuncias en un momento particularmente delicado de su vida.

En su versión impresa, conoció un notable éxito y de inmediato se sucedieron las ediciones, hasta superar la veintena –si se cuenta su inclusión en compilaciones– sólo en el siglo XVII. Pronto corrió también los caminos de Europa en traducciones

varias: ya había sido adaptado en francés en 1633, lo fue en italiano en 1634 y lo sería algo más tarde, en 1657, en inglés. Es el preludio a la difusión considerable en tiempos posteriores que hizo de la obra de Quevedo uno de los referentes de una peculiar manera de entender lo cómico y de la imagen de la literatura española en un horizonte internacional. El caso es que aún hoy la fama del inquieto caballero de Santiago descansa en gran medida, y no sin motivo, sobre los hechos de Pablos y la manera tan singular en que este personaje nos cuenta su vida.

LA VIDA DEL BUSCÓN



Del *Buscón* se conservan cuatro testimonios básicos. Tres de ellos son manuscritos, ninguno autógrafo. Se trata de los conocidos como *S*, así llamado por formar parte de los fondos de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander; *C*, que perteneció a la catedral de Córdoba y hoy en día se custodia en la Biblioteca de la Real Academia Española; y *B*, conocido como manuscrito Bueno, por haber pertenecido al poeta y bibliófilo sevillano de este apellido. El cuarto testimonio fundamental es la edición príncipe, aparecida, a instancias del librero Roberto Duport, en Zaragoza el año 1626. El texto aquí editado se atiene al manuscrito Bueno, sin duda el más consistente y cuidadoso de todos los testimonios y probablemente el más próximo a la voluntad última de Quevedo.

Los signos y □ remiten
respectivamente a las Notas complementarias
y a las entradas del Aparato crítico.

TÍTULO. El título recoge el sugerido por el epígrafe que encabeza el tercero de los libros en que se divide la obra: *Libro tercero y último de la primera parte de la vida del Buscón*. No obstante, el códice Bueno lleva el título de *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos; ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*; pero, dado que la portada en que aparece tiene letra del siglo XIX y que coincide con el que lleva la primera edición (Zaragoza, 1626), cabe suponer que se trata de una adición tardía al manuscrito original que sigue la denominación de la edición *princeps*. Los otros testimonios (*La vida del Buscón, llamado don Pablos* en *C*; *La vida del Buscavida, por otro nombre D. Pablos*, en *S*) tampoco coinciden en el título.

Los manuscritos *S* y *C* incluyen una «Carta dedicatoria», y la primera edición un prólogo «Al lector», cuya atribución ha sido muy debatida por los estudiosos. Ninguno de esos paratextos forma parte de la versión aquí editada.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

En que cuenta quién es el Buscón

Yo, señora,[1] soy de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo, ¡Dios le tenga en el cielo! Fue, tal como todos dicen,[2] de oficio barbero, aunque eran tan altos sus pensamientos, que se corría de que le llamasen así,[3] diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas.[4] Dicen que era de muy buena cepa, y, según él bebía, es cosa para creer.

Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal. Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aun viéndola con canas y rota,[6] aunque ella, por los nombres y sobrenombres de sus pasados, quiso esforzar que era decendiente de la gloria.[7] Tuvo muy

[1] La narración de Pablos, como la de Lázaro y al contrario de la de Guzmán, se finge dirigida a un narratario individualizado; en este caso una mujer, aludida indistintamente con el término *señora* o con el tratamiento de cortesía *vuestra merced*.□

[2] «Resulta algo extraño que Pablos invoque el testimonio ajeno para informarnos de cuál era la profesión de su padre. Se trata, sin duda, de una burla paródica: la mala fama de sus padres se expresa en los mismos moldes retóricos que eran usuales para exaltar la buena» (Lázaro Carreter).

[3] *se corría*: 'se avergonzaba'.

[4] *tundidor*: 'operario encargado de igualar el pelo de los paños con unas tijeras'. Se trata de dos perífrasis de carácter eufemístico con una clara connotación que apunta hacia el verdadero quehacer del padre de Pablos en cuanto expoliador de sus clientes: *sastre* y *tundidor* son términos asociados, en el ámbito de la germanía, con cierto tipo de ladrones, y aun con el latrocinio en general. Además, y en tercer lugar, ambas expresiones delatan la verdadera y ridícula naturaleza de sus *altos pensamientos*.

[5] La abundancia de santos entre los apellidos de los antepasados maternos de Pablos denuncia su procedencia conversa. Los *sobrenombres*, referidos algo más abajo, son los apellidos, en un sentido general; *cristiana vieja*: 'la que no tiene sangre judía o morisca'.

[6] *rota*: 'harapienta'. El verla con *canas* la confirma como *vieja*; y el ir *rota*, como pobre, al contrario de lo que tópicamente se atribuía a los conversos.

[7] *esforzar*: 'argumentar una opinión, apoyándola con razones'.

gloria aparece sustituido por *letanía* en *X*.□

buen parecer, para letrado;[8] mujer de amigas y cuadrilla, y de pocos enemigos, porque hasta los tres del alma aun no los tuvo por tales;[9] persona de valor y conocida por quien era.[10]

Padeció grandes trabajos recién casada,[11] y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metía el dos de bastos para sacar el as de oros.[12] Probósele que a todos los que hacía la barba a navaja, mientras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermanico de siete años les sacaba muy a su salvo los tuétanos de las faldriqueras.[13] Murió el angelico de unos azotes que le dieron en la cárcel.[14] Sintiolo mucho mi padre, por ser tal que robaba a todos las voluntades.[15]

Por estas y otras niñerías estuvo preso,[16] y rigores de justicia, de que hombre no se puede defender,[17] le sacaron por las calles. En lo que toca de medio abajo, tratáronle aquellos señores regaladamente: iba a la brida,[18] en bestia segura y de buen paso, con

[8] Además de referirse a la apariencia física, *parecer* significaba el 'dictamen de un hombre de leyes (*letrado*) a propósito de una determinada cuestión legal'.

[9] *hasta los tres del alma*: esto es, 'el mundo, el demonio y la carne'.

[10] La posible ironía sobre *persona de valor* ('que tiene precio, prostituta') se conjuga con la expresión peyorativa *conocida por quien era*, que se refiere, con reticencia, al conocimiento general por parte de sus convecinos de la verdadera conducta y condición de Aldonza.

En *X*, puede leerse, en vez de *para letrado … era*, lo siguiente: «y fue tan celebrada, que, en el tiempo que ella vivió, casi todos los copleros de España hacían cosas sobre ella».□

[11] *trabajos*: 'penalidades'.

[12] El padre de Pablos es tildado de ladrón –introducía dos dedos (*bastos*) para robar dinero (*as de oros*)– y quizá de cornudo consentido: «metía, ofrecía, sus cuernos, el dos de bastos, para llevarse un provecho económico» (Rodríguez y Ledoux).

[13] *a su salvo*: 'sin perjuicio propio'; *faldriqueras*: 'bolsillos; bolsas, cosidas al sayo, donde usualmente se guardaba el dinero'.

[14] Se evitaba por lo general el castigo público de los delincuentes infantiles, mientras que a los de más edad se les infligía a lomos de un asno que recorría las principales calles del lugar.

[15] «Esto es, que 'se hacía agradable a todos' y, al mismo tiempo, que 'robaba a todos hasta la voluntad'» (Hazas).

[16] *niñerías*, si bien parece aludir a la escasa relevancia de los hurtos de Clemente, apunta también al empleo de menores para sus delitos.

[17] *hombre*: 'uno', en sentido indefinido.

[18] 'en silla con borrenes y largos estribos', según una de las dos principales escuelas de equitación; pero hay que entender la expresión irónicamente, en el sentido de 'llevaba los pies colgando, sin apoyo de estribos', o bien 'iba el asno conducido por el ronzal'. Véanse las notas 8 de I, 7 y 90 de III, 4.

mesura y buen día.[19] Mas, de medio arriba, ecétera; que no hay más que decir para quien sabe lo que hace un pintor de suela en unas costillas.[20] Diéronle docientos escogidos,[21] que de allí a seis años se le contaban por encima de la ropilla.[22] Más se movía el que se los daba que él, cosa que pareció muy bien. Divirtiose algo con las alabanzas que iba oyendo de sus buenas carnes, que le estaba de perlas lo colorado.[23]

Mi madre, ¿pues no tuvo calamidades? Un día, alabándomela una vieja que me crió, decía que era tal su agrado, que hechizaba a cuantos la trataban. Y decía, no sin sentimiento: –«En su tiempo, hijo, eran los virgos como soles: unos amanecidos y otros puestos, y los más en un día mismo amanecidos y puestos».[24] Hubo fama que reedificaba doncellas, resuscitaba cabellos encubriendo canas, empreñaba piernas con pantorrillas postizas.[25] Y con no tratarla nadie que se le cubriese pelo, solas las calvas se la cubría, porque hacía cabelleras;[26] poblaba quijadas con dien-

[19] 'con serenidad y confianza'.

[20] *suela* se refiere metonímicamente, por ser ambas de cuero, a la penca o azote del verdugo, que éste maneja con la misma propiedad que el *pintor* el pincel.

[21] Es decir, 'doscientos azotes de los mejores'.

[22] 'chaleco corto que se llevaba encima del jubón'.

[23] Irónica alusión a la sangre derramada con motivo de los azotes. Los condenados, desnudos de medio cuerpo, eran paseados a lomos de un asno por ciertas calles establecidas, mientras el verdugo los azotaba y el pregonero hacía saber a voz en grito a los delitos que eran castigados de tal modo, deteniéndose la comitiva para ello en lugares también prefijados. La serenidad y desparpajo con que recibe el castigo remiten a la tradicional jactancia de los jaques.

En vez de *y rigores… colorado*, se puede leer en *X* lo siguiente: «aunque, según a mí me han dicho después, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron docientos cardenales, sino que a ninguno llamaban "señoría". Las damas diz que salían por verle a las ventanas, que siempre pareció bien mi padre a pie y a caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della».□

[24] Aquellos que Aldonza recompone a quienes quieren pasar por vírgenes o *doncellas* son los *virgos amanecidos*, los cuales, tras haber prestado su servicio, se convierten en *virgos puestos*, o desaparecidos, como soles.

El fragmento *Y decía… puestos* no aparece en *X*, donde se lee en cambio: «Sólo diz que se dijo no sé qué de un cabrón y volar, lo cual la puso cerca de que la diesen plumas con que lo hiciese en público».□

[25] Esto es, según una práctica frecuente, 'hacía y colocaba pantorrilleras' para disimular la delgadez de las pantorrillas de galanes y damas.

[26] 'pese a que a nadie se la cubría pelo, puesto que eran unos desventurados, sólo las calvas encontraban solución a su desgracia –y, por tanto, se

tes; al fin, vivía de adornar hombres y era remendona de cuerpos.[27] Unos la llamaban zurcidora de gustos; otros, algebrista de voluntades desconcertadas; otros, juntona; cuál la llamaba enflautadora de miembros y cuál tejedora de carnes, y, por mal nombre, alcagüeta.[28] Para unos era tercera, primera para otros y flux para los dineros de todos.[29] Ver, pues, con la cara de risa que ella oía esto de todos era para dar mil gracias a Dios.

Hubo grandes diferencias entre mis padres sobre a quién había de imitar en el oficio, mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué a uno ni a otro. Decíame mi padre: –«Hijo, esto de ser ladrón no es arte mecánica sino liberal».[30] Y de allí a un rato, habiendo suspirado, decía: –«De manos.[31] Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y jueces nos aborrecen tanto:

la cubría pelo–, merced a las pelucas de Aldonza'. Juego, no del todo claro, con la frase hecha *no cubrir pelo*, que, además de en su sentido inmediato, se refiere a la persona que ha sufrido una desgracia o es, en general, desventurada. Téngase en cuenta, por demás, que, en este tipo de contextos, la calvicie suele ser tomada por síntoma de haber padecido enfermedades venéreas.

[27] *remendona de cuerpos*: por cuanto daba remedio a sus deficiencias con distintas prótesis; pero, secundariamente, también 'alcahueta'.

[28] *algebrista* es el 'componedor de huesos'; *enflautar* es la acción de 'introducir una cosa en otra', sin que sea ajeno al término un notable eco erótico (*flauta*: 'pene'). La base de las distintas imágenes, que motejan a Aldonza de alcahueta, se halla en la idea de la unión de dos personas por intermediación de una tercera.

El paso *otros, juntona… carnes* falta en *X*.□

[29] *tercera*, además de ser un ordinal, puede referirse a la medianera o alcahueta, así como designar una suerte perteneciente a un juego de cartas; *primera* o *prima* puede entenderse igualmente como ordinal, pero también tiene la acepción bien conocida de 'prostituta', y cabe entender por *primera*, asimismo, tanto un juego de cartas como un lance especial de su desarrollo. Por su parte, la palabra *flux*, frecuentemente empleada en forma metafórica, tiene aquí el sentido de lance ganador en la partida de naipes. Por tanto, «ser "flux para los dineros de todos" equivale a sacarles los dineros a todos, tanto a los que ella sirve de tercera [alcahueta] como de primera [prostituta]» (Colón).

[30] Clemente trata de convencer a su hijo de que sus *pensamientos de caballero* –en el sentido de 'deseos de llegar a ser caballero'– no constituyen obstáculo para el ejercicio del robo, puesto que éste no debe ser considerado una ocupación artesanal (*arte mecánica*), cuya práctica hacía decaer de la nobleza, y no supone, por tanto, desdoro alguno a sus pretensiones.

[31] Tras esta apostilla, *liberal* debe entenderse como 'ágil, veloz, hábil', resultando así un chiste dilógico. Véase la nota 41 de III, 4.

unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan? No lo puedo decir sin lágrimas –lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las que le habían batanado las costillas–:[32] porque no querrían que, donde están, hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros.[33] Mas de todo nos libró la buena astucia. En mi mocedad, siempre andaba por las iglesias, y no de puro buen cristiano.[34] Muchas veces me hubieran llorado en el asno, si hubiera cantado en el potro.[35] Nunca confesé sino cuando lo mandaba la Santa Madre Iglesia. Preso estuve por pedigüeño en caminos, y a pique de que me esteraran el tragar y de acabar todos mis negocios con dieciséis maravedís: diez de soga y seis de cáñamo.[36] Mas de todo me ha sacado el punto en boca, el chitón y los nones. Y con esto y mi oficio he sustentado a tu madre lo más honradamente que he podido».

–¿Cómo a mí sustentado? –dijo ella con grande cólera–. Yo os he sustentado a vos y sacádoos de las cárceles con industria y mantenídoos en ellas con dinero.[37] Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que yo os daba? ¡Gracias a mis botes![38] Y si no temiera que me habían de oír en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chimenea y os saqué por el tejado.

Metilos en paz, diciendo que yo quería aprender virtud resueltamente y ir con mis buenos pensamientos adelante, y que para esto me pusiesen a la escuela, pues sin leer ni escribir no se podía hacer nada. Parecioles bien lo que decía, aunque lo gru-

[32] *batanado*: 'bataneado, golpeado'. De batán: 'artefacto hidráulico compuesto de grandes mazos de madera que, movidos por un eje, golpean los paños para darles cuerpo'.

[33] Esta afirmación será motivo de uno de los cargos contra Quevedo incluidos en la virulenta invectiva *El tribunal de la justa venganza* (1635): «como a irreverente y sin respecto a los que gobiernan y nos conservan en justicia».

[34] Alusión al asilo eclesiástico que sustraía de la acción de la justicia a los delincuentes acogidos en una iglesia, y, quizá también, al robo de bolsas y cepillos en el lugar sagrado.

[35] Se refiere al *asno*, en que se paseaba a los condenados por la justicia mientras eran azotados por el verdugo, y al instrumento de tortura conocido como *potro*, donde se les hacía confesar (*cantar*).

[36] *esteraran el tragar*: 'ahorcasen'; ya que si *esterar* es 'poner una estera o esteras en el suelo', cuando se habla de la garganta –*el tragar*–, hemos de pensar, metonímicamente, en una soga de cáñamo; *pedigüeño en caminos* es una forma burlesca y agermanada de motejar al salteador. Quizá el número *dieciséis* (16) sugiera la imagen de la horca.

[37] *industria*: 'ingenio'; *mantenido*: 'alimentado'.

[38] 'vasijas con pócimas y ungüen-

ñeron un rato entre los dos. Mi madre se entró adentro, y mi padre fue a rapar a uno –así lo dijo él–, no sé si la barba o la bolsa: lo más ordinario era uno y otro.[39] Yo me quedé solo, dando gracias a Dios porque me hizo hijo de padres tan celosos de mi bien.

CAPÍTULO SEGUNDO

De cómo fue a la escuela y lo que en ella le sucedió

Otro día,[1] ya estaba comprada la cartilla y hablado el maestro.[2] Fui, señora, a la escuela. Recibióme muy alegre, diciendo que tenía cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo, con esto, por no desmentirle, di muy bien la lición aquella mañana. Sentábame el maestro junto a sí, ganaba la palmatoria los más días por venir antes y íbame el postrero por hacer algunos recados a la señora (que así llamábamos la mujer del maestro).[3] Teníalos a todos con semejantes caricias obligados;[4] favorecíanme demasiado, y con esto creció la envidia en los demás niños. Llegábame, de todos, a los hijos de caballeros y personas principales, y particularmente a un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas.[5] Íbame a su casa a jugar los días de fiesta y acompañábale cada día. Los otros, u que porque no les hablaba u que porque les parecía demasiado punto el mío,[6] siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros don Ventosa; cuál decía, por disculpar la invidia, que me quería mal porque

tos', propias de brujas y boticarios.

[39] *rapar*: 'afeitar o cortar el pelo con navaja', y metafóricamente, «tomar alguna cosa con fuerza, violencia o engaño» (Covarrubias).

[1] 'Al día siguiente'.

[2] *Hablar* se utiliza aquí como verbo transitivo.

[3] *palmatoria*: 'pequeña vara de la que se servían los maestros, a veces añadiéndole unas cuerdas, para azotar a los muchachos'. *Ganar la palmatoria* era el 'privilegio, que tenía el que primero llegaba, de aplicar la palmatoria a los compañeros acreedores de tal castigo'; pero, de forma lexicalizada, es equivalente a 'llegar el primero' a cualquier lugar.

[4] *caricias*: 'favores, halagos'.

[5] *juntaba meriendas*, que alude a una antigua costumbre infantil, puede referirse igualmente a la coincidencia de ambos en los mismos intereses.

[6] *punto*: 'presunción, orgullo'.

mi madre le había chupado dos hermanitas pequeñas de noche;[7] otro decía que a mi padre le habían llevado a su casa para que la limpiase de ratones (por llamarle gato); unos me decían «zape» cuando pasaba, y otros «miz».[8] Cuál decía: –«Yo la tiré dos berenjenas a su madre cuando fue obispa».[9]

Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria a Dios.[10] Y aunque yo me corría,[11] disimulaba. Todo lo sufría, hasta que un día un muchacho se atrevió a decirme a voces hijo de una puta y hechicera; lo cual, como me lo dijo tan claro (que aun, si lo dijera turbio, no me diera por entendido),[12] agarré una piedra y descalabrele. Fuime a mi madre corriendo que me escondiese; contela el caso; díjome:

–Muy bien hiciste, bien muestras quién eres; sólo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo.

Cuando yo oí esto, como siempre tuve altos pensamientos, volvime a ella y roguela me declarase si le podía desmentir con verdad:[13] u que me dijese si me había concebido a escote entre muchos,[14] u si era hijo de mi padre. Riose y dijo:

[7] Una de las acusaciones más frecuentes de las que recaían sobre las brujas era la de sorber sangre de niños.

[8] *gato*: 'ladrón', en germanía; *zape* y *miz*: 'apelativos que sirven para rechazar y atraer a los gatos' y, por lo tanto, para tratar como a gato, esto es, ladrón, al interpelado.

[9] Esto es, 'cuando fue condenada a la vergüenza pública'; quizá en un auto inquisitorial por hechicera, o quizá por la justicia ordinaria con el cargo de alcahueta. La práctica de cubrir la cabeza de los condenados con una coroza, donde figuraban sus culpas, y la semejanza de aquélla con una mitra explican el chiste. Era frecuente, por otro lado, que los curiosos, especialmente los niños, arrojasen todo tipo de hortalizas a su paso.

[10] *royéndome los zancajos*: 'murmurando sobre mí'. *Zancajos*, en sentido estricto, son los talones, y ello permite el equívoco en *no me faltaron*, que puede entenderse, dependiendo del sujeto, como 'nunca me ofendieron los compañeros' o, literalmente, como 'nunca me quedé sin los talones'.

[11] *me corría*: 'me avergonzaba', pero también 'me escapaba'. El segundo sentido, y base del chiste, se fundamenta en la frase anterior (Ife).

[12] En lugar de *no me diera por entendido*, dice *X*: «no me pesara».□

[13] En *X*, entre *y* y *roguela*, se lee: «dije: –"Ah, madre, pésame sólo de que ha sido más misa que pendencia la mía". Preguntome que por qué, y díjela que porque había tenido dos evangelios».□

[14] Dado que *escote* es la parte que corresponde a cada una de las personas implicadas en un gasto común, el chiste sugiere la dudosa paternidad de Clemente Pablo, haciendo de Pablos 'hijo pegadizo'.

–¡Ah, noramaza!,[15] ¿eso sabes decir? No serás bobo: gracia tienes. Muy bien hiciste en quebrarle la cabeza, que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.

Yo, con esto, quedé como muerto, y dime por novillo de legítimo matrimonio,[16] determinado de coger lo que pudiese en breves días y salirme de en casa de mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fue mi padre, curó al muchacho, apaciguolo y volviome a la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que, oyendo la causa de la riña, se le aplacó el enojo, considerando la razón que había tenido.

En todo esto, siempre me visitaba aquel hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me quería bien naturalmente.[17] Que yo trocaba con él los peones si eran mejores los míos,[18] dábale de lo que almorzaba y no le pedía de lo que él comía, comprábale estampas, enseñábale a luchar, jugaba con él al toro y entreteníale siempre. Así que, los más días, sus padres del caballerito, viendo cuánto le regocijaba mi compañía, rogaban a los míos que me dejasen con él a comer y cenar, y aun a dormir los más días.

Sucedió, pues, uno de los primeros que hubo escuela por Navidad, que, viniendo por la calle un hombre que se llamaba Poncio de Aguirre, el cual tenía fama de confeso,[19] que el don Dieguito me dijo:

–Hola, llámale Poncio Pilato y echa a correr.

Yo, por darle gusto a mi amigo, llamele Poncio Pilato. Corriose tanto el hombre, que dio a correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme, de suerte que fue forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro, dando gritos. Entró el hombre tras mí, y defendiome el maestro de que no me matase, asigurándole de castigarme. Y así luego –aunque señora le rogó

[15] 'noramala, en hora mala'.

[16] El término *novillo* apunta, indirectamente, a los 'cuernos' de Clemente Pablo. El toro, padre del novillo, así como en general los animales de cuerna, son símbolo frecuente del marido engañado.

El paso *y dime… matrimonio* falta en *X*.□

[17] «El adverbio *naturalmente* sugiere algo así como 'por naturaleza' o 'por mi alegre natural', pero lo que viene después indica bien a las claras que *naturalmente* aquí quiere decir 'porque yo le daba de lo mío sin exigirle nada, y a todos nos gusta recibir algo a cambio de nada'» (Johnson).

[18] *peones*: 'peonzas'.

[19] 'cristiano nuevo, descendiente de judíos'.

por mí, movida de lo que yo la servía, no aprovechó– mandome desatacar,[20] y, azotándome, decía tras cada azote: –«¿Diréis más Poncio Pilato?». Yo respondía: –«No, señor»; y respondilo veinte veces, a otros tantos azotes que me dio. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo, que, mandándome el día siguiente decir, como solía, las oraciones a los otros, llegando al Credo –advierta V. Md. la inocente malicia–, al tiempo de decir «padeció so el poder de Poncio Pilato», acordándome que no había de decir más Pilatos, dije: «padeció so el poder de Poncio de Aguirre».[21] Diole al maestro tanta risa de oír mi simplicidad y de ver el miedo que le había tenido, que me abrazó y dio una firma en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese.[22] Con esto fui yo muy contento.

En estas niñeces pasé algún tiempo aprendiendo a leer y escrebir.[23] Llegó –por no enfadar– el de unas Carnestolendas y, trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos.[24] Echamos suertes entre doce señalados por él, y cúpome a mí. Avisé a mis padres que me buscasen galas.

Llegó el día, y salí en uno como caballo, mejor dijera en un cofre vivo,[25] que no anduvo en peores pasos Roberto del diablo,[26]

[20] *luego*: 'enseguida, al punto'; *desatacar*: 'desatar las calzas del jubón', al cual se hallaban atacadas por unos cordones, de cabos metálicos, llamados agujetas.

[21] Es una adaptación de un cuentecillo tradicional.

[22] *firma*: «llaman en las escuelas de niños a un papel firmado que suele dar el maestro a algún muchacho en que le perdona el castigo por una, dos o tres veces» (*Autoridades*).

[23] La frase falta en *X*.□

[24] Se trata de una costumbre eminentemente escolar que llevaba a los estudiantes a salir, normalmente el domingo de Carnaval, en procesión burlesca por las calles, así como a *correr gallos*, esto es, apedrear o cortar la cabeza de uno de estos animales, para lo cual era colgado de una cuerda. Uno de los muchachos era elegido, o, como en este caso, sorteado, jefe de los demás con el título de *rey de gallos*, y normalmente montaba un caballo o bien un asno.

[25] Era frecuente el empleo del cuero de caballo para recubrir los cofres: se apunta, pues, a lo ralo del pelo del rocín.

[26] *Roberto el Diablo*, personaje legendario de origen medieval, hijo de los duques de Normandía, fue concebido por mediación del diablo y llevó, durante la primera parte de su existencia, una vida de tropelías y desmanes hasta la conversión que hace de él hombre de Dios, y ya no del Diablo.

según andaba. Él era rucio, y rodado el que iba encima, por lo que caía en todo.[27] La edad no hay que tratar: biznietos tenía en tahonas.[28] De su raza no sé más de que sospecho era de judío, según era medroso y desdichado.[29]

Iban tras mí los demás niños todos aderezados.[30] Pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y, llegando cerca de las mesas de las verduras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo a una, y ni fue visto ni oído cuando lo despachó a las tripas, a las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo.[31]

La bercera –que siempre son desvergonzadas– empezó a dar voces; llegáronse otras y, con ellas, pícaros,[32] y alzando zanorias garrofales, nabos frisones, tronchos y otras legumbres, em-

[27] *rucio* es el caballo de color pardo claro o grisáceo. Si además tiene manchas de color más oscuro, se dice que es *rucio rodado*. Hay aquí, sin embargo, un equívoco, al aplicarse el último adjetivo al jinete, que rueda por los suelos a cada paso. Los 'malos' *pasos* de la frase anterior constituyen, por tanto, una silepsis, ya que, aplicados a Roberto el Diablo, se refieren a sus andanzas, y, cuando se relacionan con el caballo, sugieren su calidad de cojitranco.

[28] Es proverbial la edad avanzada de los caballos de panadero.

[29] Ya que los judíos tenían, según la tradición antisemita, fama de cobardes y timoratos.

[30] 'disfrazados', y quizá también 'provistos de cencerros y almireces con que alborotar'.

Es de notar que todo el pasaje anterior –*uno como caballo… los demás niños todos aderezados*– presenta en *X* una versión distinta: «un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola; el pescuezo, de camello y más largo; tuerto de un ojo y ciego del otro; en cuanto a edad, no le faltaba para cerrar sino los ojos; al fin, él más parecía caballete de tejado que caballo, pues, a tener una guadaña, pareciera la muerte de los rocines. Demostraba abstinencia en su aspecto y echábansele de ver las penitencias y ayunos: sin duda ninguna, no había llegado a su noticia la cebada ni la paja. Lo que más le hacía digno de risa eran las muchas calvas que tenía en el pellejo, pues, a tener una cerradura, pareciera un cofre vivo.

»Yendo, pues, en él, dando vuelcos a un lado y otro como fariseo en paso, y los demás niños todos aderezados tras mí –que, con suma majestad, iba a la jineta sobre el dicho pasadizo con pies–».□

[31] *Dios nos libre*: "recuérdese que era costumbre lanzar verduras a los reos expuestos a la vergüenza pública" (Gutiérrez Díaz–Bernardo), de ahí la aprehensión de Pablos; *lo despachó a las tripas…*: 'dada la extremada longitud del gaznate del animal, el repollo hubo de hacer tan largo recorrido antes de llegar a su destino, que no pudo por menos que demorarse'.

[32] 'mozos, ganapanes'.

piezan a dar tras el pobre rey.[33] Yo, viendo que era batalla nabal,[34] y que no se había de hacer a caballo, comencé a apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que, yendo a empinarse, cayó conmigo en una –hablando con perdón–[35] privada.[36] Púseme cual V. Md. puede imaginar. Ya mis muchachos se habían armado de piedras y daban tras las revendederas, y descalabraron dos.

Yo, a todo esto, después que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña.[37] Vino la justicia, comenzó a hacer información, prendió a berceras y muchachos, mirando a todos qué armas tenían y quitándoselas, porque habían sacado algunos dagas de las que traían por gala,[38] y otros espadas pequeñas. Llegó a mí, y, viendo que no tenía ningunas, porque me las habían quitado y metídolas en una casa a secar con la capa y sombrero, pidiome, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que, si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenía otras. Quiero confesar a V. Md. que, cuando me empezaron a tirar los tronchos, nabos, etc., que, como yo llevaba plumas en el sombrero, entendiendo que me habían tenido por mi madre y que la tiraban, como habían hecho otras veces, como necio y muchacho, empecé a decir: –«Hermanas, aunque llevo plumas, no soy Aldonza de San Pedro, mi madre», como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro.[39] El miedo me disculpó la ignorancia, y el sucederme la desgracia tan de repente.

[33] *garrofales* y *frisones* son dos adjetivos, muy del gusto de Quevedo, que encarecen el tamaño del objeto al que se refieren. *Garrofal* o *garrafal* se aplica a un cierto tipo de guindas de buen tamaño; deriva, en último término, de *garrofa* (algarroba). *Frisón*, por su parte, se refiere a una raza de caballos procedente de Frisia (Holanda), conocida por la espectacular alzada de sus ejemplares.

[34] Juego de palabras basado en la homofonía, y, dada la época, también en la falta de una diferenciación gráfica estricta, entre las voces *nabal*, de *nabo*, y *naval*, de *nave*.

[35] Irónica disculpa por lo que se supone una expresión poco decorosa.

[36] 'letrina', pero también «plasta grande de suciedad o excremento echada en el suelo en la calle» (*Autoridades*). El escatológico va a ser uno de los núcleos semánticos del libro.

[37] Juego de palabras, puesto que *necesaria*, como sustantivo, significa 'letrina'.

[38] *por gala*: 'como adorno'.

[39] La supuesta confusión de Pablos se debe a la costumbre de emplumar a las brujas: «cuando se las sacaba a la vergüenza, se las ponía una caperuza llena de plumas de gallo, y desnudándo-

Pero, volviendo al alguacil, quísome llevar a la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme: tal me había puesto del lodo. Unos se fueron por una parte y otros por otra, y yo me vine a mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté a mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa a las dos leguas de rocín esprimido que me dieron.[40] Procuraba satisfacerlos, y, viendo que no bastaba, salime de su casa y fuime a ver a mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y a sus padres resueltos por ello de no inviarle más a la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocín, viéndose en aprieto, se esforzó a tirar dos coces, y, de puro flaco, se le desgajaron las dos piernas, y se quedó sembrado para otro año en el lodo, bien cerca de espirar.

Viéndome, pues, con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado y el caballo muerto, determineme de no volver más a la escuela ni a casa de mis padres, sino de quedarme a servir a don Diego u, por mejor decir, en su compañía, y esto con gran gusto de los suyos, por el que daba mi amistad al niño. Escribí a mi casa que yo no había menester más ir a la escuela, porque, aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal,[41] y que así, desde luego,[42] renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los vería.

las las espaldas y untándoselas de miel, se las montaba en un borrico, se las paseaba así por las calles, yendo el verdugo echándolas a puñados plumas de aves de las que llevaba su criado en una espuerta, de suerte que las llenaba de ellas» (Castellanos).

[40] Una *legua* equivale a algo más de cinco kilómetros y medio. A pesar de haberse referido reiteradamente al equino con el nombre de *caballo*, ahora Pablos lo llama *rocín*, apelativo más acorde con el reticente «como caballo» utilizado en primera instancia: «Rocín es el potro que, o por tener edad o estar maltratado o no ser de buena raza, no llegó a merecer el nombre de caballo» (Covarrubias).

[41] No parece, en efecto, que Pablos vaya desencaminado. El desdén de la nobleza, o de cierta nobleza, hacia las letras venía de antiguo; de ahí que la impericia en la escritura y la lectura de los caballeros fuese censurada frecuentemente en los siglos XVI y XVII, y también objeto de sátira y burla.

[42] 'desde ese mismo momento'.

CAPÍTULO TERCERO

De cómo fue a un pupilaje por criado de don Diego Coronel

Determinó, pues, don Alonso de poner a su hijo en pupilaje,[1] lo uno por apartarle de su regalo y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que había en Segovia un licenciado Cabra,[2] que tenía por oficio el criar hijos de caballeros, y invió allá el suyo, y a mí para que le acompañase y sirviese.

Entramos, primero domingo después de Cuaresma, en poder de la hambre viva,[3] porque tal laceria no admite encarecimiento.[4] Él era un clérigo cerbatana,[5] largo sólo en el talle;[6] una cabeza pequeña; los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos, tan hundidos y escuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes;[7] la nariz, de cuerpo de santo, comido el pico,[8] entre Roma y Francia,[9] porque se le ha-

[1] El *pupilaje* consistía en poner al estudiante bajo la tutela de un bachiller o licenciado que también hacía las veces de administrador y huésped del joven.

[2] Dado que el licenciado Cabra actúa en lo fundamental como maestro de gramática se le ha conocido tradicionalmente como *dómine*, aunque no se le llame así en el *Buscón*. Se ha notado la frecuente utilización de nombres de animales para denominar a varios de los personajes de la obra, según unos como marca de ascendencia judía, según otros, y no necesariamente en forma contradictoria con lo anterior, como recurso humorístico.

[3] *en poder del hambre viva*: «conceptuoso juego de palabras, basado, por una parte, en una alusión burlesca al dómine Cabra como encarnación viviente del hambre personificada, y por otra en el hecho de que allí donde no es posible matar el hambre, por no haber nada que comer, se está evidentemente en poder del hambre viva» (Vilanova).

[4] *laceria*: 'miseria, penalidad'.

[5] *cerbatana*: 'pieza de artillería de poco calibre; especie de culebrina' y, de forma translaticia, 'todo lo que es hueco, estrecho y largo'. De otro lado, obsérvese el característico procedimiento quevediano de utilizar un sustantivo para adjetivar a otro.

[6] *largo*: 'alto', pero también 'dadivoso'. De ahí el chiste dilógico.

[7] *cuévanos*: 'cestos de mimbre, de gran tamaño y de anchura decreciente, que se emplean, sobre todo, en la vendimia'. Por otra parte, la lobreguez de las tiendas era tópica.

[8] Porque a las momias les falta característicamente la nariz.

El apodo *de cuerpo de santo, comido el pico* falta en *X*.□

[9] «Tenía la nariz aplastada (*roma*) y desfigurada como si hubiese padeci-

bía comido de unas búas de resfriado,[10] que aun no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas, descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecía que amenazaba a comérselas; los dientes, le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado;[11] el gaznate largo como de avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba a buscar de comer forzada de la necesidad; los brazos, secos; las manos, como un manojo de sarmientos cada una; mirado de medio abajo, parecía tenedor u compás, con dos piernas largas y flacas;[12] su andar, muy espacioso:[13] si se descomponía algo, le sonaban los güesos como tablillas de San Lázaro;[14] la habla, ética;[15] la barba, grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver la mano del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de nosotros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa;[16] era de cosa que fue paño, con los fondos en caspa.[17] La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra, y desde lejos entreazul.[18] Llevábala sin ceñidor;

do la sífilis o el mal francés (*Francia*)» (Castro). Aunque –observa Rey Hazas– «a renglón seguido, dice que no debió ser por esta enfermedad (*vicio*), ya que cuesta dinero, sino por un resfriado (o *romadizo*, de ahí el juego *Roma–Francia*)».

[10] *búas*: 'bubas'.

[11] El destierro era, junto a los azotes y las galeras, una de las penas reservadas a los vagabundos, según recogen distintas disposiciones legales desde principios del siglo XVI.

[12] Los tenedores de la época tenían dos púas.

[13] 'reposado'.

[14] 'tres tablillas, unidas por un cordel, de cuyo sonido, al ser agitadas, se valen los leprosos para pedir limosna y advertir de su presencia'.

[15] *ética*: 'cierto tipo de calentura'. Uno de sus síntomas es el tener «la habla delgada» (*Menor daño*).

[16] *bonete*: 'birrete eclesiástico', y también, por su semejanza, 'fortificación exterior en las plazas o castillos con forma de cola de golondrina'. De ahí el juego de palabras con *guarniciones*: 'adorno o gala', pero asimismo 'dotación de soldados para la defensa de una fortificación'; *ratonado*: 'roído por los ratones'; *gateras*: 'orificios en puertas o paredes para que puedan entrar y salir los gatos', y por extensión 'rotos o agujeros en las prendas de vestir' (véase la nota 11 de III, 1).

[17] *fondos en*: «parece tomado del lenguaje de la fabricación de paños, donde es el campo sobre el que se tejen, o bordan, o pintan las labores en las telas» (Arellano).

[18] La concepción del color de la so-

no traía cuello ni puños.[19] Parecía, con esto y los cabellos largos y la sotana y el bonetón, teatino lanudo.[20] Cada zapato podía ser tumba de un filisteo.[21] ¿Pues su aposento? Aun arañas no había en él. Conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba. La cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas. Al fin, él era archipobre y protomiseria.[22]

A poder déste, pues, vine y en su poder estuve con don Diego, y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que aun por no gastar tiempo no duró más.[23] Díjonos lo que habíamos de hacer. Estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer. Fuimos allá. Comían los amos primero, y servíamos los criados.[24]

El refitorio era un aposento como medio celemín.[25] Sentábanse a una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos y, como no los vi, pregunté que cómo no los había a un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó a enternecerse y dijo:

—¿Cómo gatos? ¿Pues quién os ha dicho a vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de

tana del dómine como una ilusión parece sustentarse irónicamente en la tradición aristotélica.

[19] *ceñidor*: 'cinto o cordón para la cintura, frecuente en muchos hábitos religiosos'. El desaliño indumentario de Cabra, en especial la falta de ceñidor, pudiera ser indicio de lujuria, o, más probablemente, de hipocresía.

[20] *teatino*: 'religioso perteneciente a la orden fundada por san Cayetano de Thiene y Juan Pedro Caraffa', solían ser los encargados de acompañar a los condenados a muerte en sus últimos momentos. *lanudo*: 'de lanas', como ciertos animales.

[21] «Cuando queremos encarecer la estatura grande de un hombre, decimos que es un filisteo» (Covarrubias). Quizá por identificar a ese pueblo con Goliath.

[22] Dignidades imaginarias, o meras formas de intensificación por los prefijos, según el modelo de *protonotario* o *archidiácono*. Adviértase, por otra parte, su carácter recapitulatorio y conclusivo del retrato recién expuesto, según lo exigido por la tradición escolar.

[23] El juego de palabras con *gastar* es común. Se ha observado, por otra parte, que parece haber una dificultad cronológica en este pasaje, ya que tras decir Pablos que llegaron de noche, la acción parece enlazar directamente con la comida del día posterior.

[24] Tal era la costumbre.

[25] *refitorio*: 'refectorio, comedor'; *celemín*: 'medida de capacidad equivalente a la doceava parte de una fanega, esto es, 4,62 litros, y el cajón usado para tomarla'. Se implica, pues, la angostura, y quizá la forma, del comedor de Cabra.

ver que sois nuevo. ¿Qué tiene esto de refitorio de jerónimos para que se críen aquí?[26]

Yo, con esto, me comencé a afligir, y más me susté cuando advertí que todos los que vivían en el pupilaje de antes estaban como leznas, con unas caras que parecía se afeitaban con diaquilón.[27] Sentose el licenciado Cabra y echó la bendición. Comieron una comida eterna, sin principio ni fin.[28] Trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligrara Narciso más que en la fuente.[29] Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güérfano y solo que estaba en el suelo.[30] Decía Cabra a cada sorbo:

–Cierto que no hay tal cosa como la olla,[31] digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula.

Y, sacando la lengua, la paseaba por los bigotes, lamiéndoselos, con que dejaba la barba pavonada de caldo.[32] Acabando de decirlo, echose su escudilla a pechos, diciendo:

–Todo esto es salud y otro tanto ingenio.

«¡Mal ingenio te acabe!», decía yo entre mí,[33] cuando vi un mozo medio espíritu y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que parecía que la había quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero a vueltas de la carne, apenas;[34] y dijo el maestro en viéndole:

[26] Las costumbres relajadas de los jerónimos, en lo que toca al comer y al beber, eran tópicas.

Esta pregunta maliciosa se omite en la otra versión de la obra.□

[27] *susté*: 'asusté'; *lezna*: 'punzón muy agudo utilizado por los zapateros'; *afeitar*: 'ponerse afeites'; *diaquilón*: 'ungüento medicinal', cuya pertinencia en este pasaje tiene que ver, probablemente, con su color blanco. Quiere decirse que los pupilos se hallaban extremadamente delgados y pálidos.

[28] No tanto porque la comida fuese casi inexistente como porque no tenía ni entrante, o ante *–principio–*, ni postre *–fin–*, a pesar de que los pupileros estaban obligados a incluirlos en el menú.

[29] *Narciso*: 'joven mitológico que despreciaba el amor, mas que, al ir a beber en una fuente y contemplar su propio rostro, se enamoró de sí mismo e, indiferente ya al resto del mundo, se dejó morir'.

[30] *suelo*: 'fondo de la escudilla'. Las anécdotas y chistes que aquí se incluyen son tradicionales.

[31] *olla*: 'guisado en el que la carne es elemento fundamental'. Nótese que esa 'olla' es el transparente líquido que antes Pablos llamaba 'caldo'.

[32] *pavonada*: 'de color azul oscuro', como el de la cola del pavón o pavo real.

[33] 'decía para mí'.

[34] *a vueltas de la carne*: 'en medio de la carne'; *apenas*, porque casi no la había. El *nabo* es manjar que menudea en los pupilajes.

–¿Nabo hay? No hay perdiz para mí que se le iguale.[35] Coman, que me huelgo de verlos comer.

Y, tomando el cuchillo por el cuerno,[36] picole con la punta y asomándole a las narices, trayéndole en procesión por la portada de la cara, meciendo la cabeza dos veces, dijo:

–Conforta realmente y son cordiales–, que era grande adulador de las legumbres.[37]

Repartió a cada uno tan poco carnero,[38] que, entre lo que se les pegó en las uñas y se les quedó entre los dientes, pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes.[39] Cabra los miraba y decía:

–Coman, que mozos son y me huelgo de ver sus buenas ganas.

¡Mire V. Md. qué aliño para los que bostezaban de hambre!

Acabaron de comer y quedaron unos mendrugos en la mesa y, en el plato, dos pellejos y unos güesos; y dijo el pupilero:

–Quede esto para los criados, que también han de comer. No lo queramos todo.

–¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado –decía yo–, que tal amenaza has hecho a mis tripas![40]

Echó la bendición y dijo:

–Ea, demos lugar a la gentecilla que se repapile,[41] y váyanse hasta las dos a hacer ejercicio, no les haga mal lo que han comido.

Entonces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca.

[35] Parece una clara reminiscencia, y aun sobrepujamiento, del *Lazarillo*. Dice el escudero al llegar Lázaro con una uña de vaca: «Dígote que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que ansí me sepa».

[36] Es decir, por el mango, ya que éstos se hacían de cuerno.

[37] *cordiales*: 'beneficiosos para el corazón'.

Todo el pasaje *Y, tomando… legumbres* falta en *X*.□

[38] Además del ante y postre, que Cabra omite, un almuerzo o comida normal se componía del caldo u olla y un plato de carne.

[39] «La excomunión de *participantes* era la que caía sobre quienes trataban con un excomulgado … En nuestro texto, el sentido es que las tripas quedaban castigadas sin haber cometido propiamente ninguna culpa (es decir, sin haber recibido comida), sólo por el delito de estar en comunicación con la boca, que era la que se había quedado con la carne; pero nótese que desde el punto de vista de las tripas, el pecado y la culpa son una misma cosa: están castigadas a no comer, no habiendo comido» (Castro).

[40] El anuncio de Cabra, dada la calidad de la comida, se vuelve amenaza para el estómago hambriento de Pablos.

[41] *se repapile*: 'se harte, se sacie'.

Enojose mucho y díjome que aprendiese modestia, y tres u cuatro sentencias viejas,[42] y fuese.

Sentámonos nosotros, y yo, que vi el negocio malparado y que mis tripas pedían justicia, como más sano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboqueme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros a gruñir; al ruido entró Cabra, diciendo:

–Coman como hermanos, pues Dios les da con qué. No riñan, que para todos hay.

Volviose al sol y dejonos solos. Certifico a V. Md. que vi al uno dellos, que se llamaba Jurre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comía, que una cortecilla que le cupo la llevó dos veces a los ojos, y entre tres no le acertaban a encaminar las manos a la boca. Pedí yo de beber, que los otros, por estar casi en ayunas, no lo hacían,[43] y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado a la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunión,[44] me le quitó el mozo espiritado que dije.[45] Levanteme con grande dolor de mi alma, viendo que estaba en casa donde se brindaba a las tripas y no hacían la razón.[46] Diome gana de descomer, aunque no había comido, digo, de proveerme,[47] y pregunté por las necesarias a un antiguo, y díjome:

–Como no lo son en esta casa, no las hay.[48] Para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, dondequiera podréis; que aquí estoy dos meses ha y no he hecho tal cosa sino el día que entré, como agora vos, de lo que cené en mi casa la noche antes.

¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fue tanta, que, con-

[42] Posiblemente pronunciadas a propósito de la risa descompuesta de Pablos, ya que era un comportamiento frecuentemente censurado como, entre otras cosas, propio de hombres vanidosos.

[43] En efecto, se consideraba perjudicial el beber en ayunas.

[44] Parte de la antigua liturgia de la misa en la que el oficiante, tras haber preparado el cáliz y pronunciado las palabras del caso –«Offerimus tibi, Domine, calicem...»–, lo cubre, sin haber llegado a beber de él, inciensa el pan y el vino y se lava las manos (Rose).

[45] *espiritado*: 'el que, por ser tan delgado, parece que consta sólo de espíritu'.

[46] *brindar*: 'convidar o incitar a beber'; *hacer la razón*: 'corresponder al brindis, bebiendo'. No es necesario, pues, suponer que Pablos hubiese llegado a beber algo. Más bien se sugiere lo desaconsejable de un lugar donde, a pesar de ser incitadas a hacerlo, las tripas no llegan a probar el líquido.

[47] 'defecar'.

[48] Véase la nota 37 de I, 2.

siderando lo poco que había de entrar en mi cuerpo, no osé, aunque tenía gana, echar nada dél.

Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haría él para persuadir a las tripas que habían comido, porque no lo querían creer. Andaban váguidos en aquella casa como en otras ahítos.[49] Llegó la hora del cenar; pasose la merienda en blanco, y la cena, ya que no se pasó en blanco, se pasó en moreno: pasas y almendras y candil y dos bendiciones, porque se dijese que cenábamos con bendición.[50]

–Es cosa saludable –decía– cenar poco, para tener el estómago desocupado.

Y citaba una arretahíla de médicos infernales. Decía alabanzas de la dieta y que se ahorraba un hombre de sueños pesados,[51] sabiendo que, en su casa, no se podía soñar otra cosa sino que comían.[52] Cenaron y cenamos todos, y no cenó ninguno.[53]

Fuímonos a acostar y en toda la noche pudimos yo ni don Diego dormir, él trazando de quejarse a su padre y pedir que le sacase de allí,[54] y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije:

–Señor, ¿sabéis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que, en la pendencia de las berceras, nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio. Y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre, si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones y nos saca de penas con alguna misa en altar previlegiado.[55]

Entre estas pláticas y un poco que dormimos, se llegó la hora de levantar. Dieron las seis, y llamó Cabra a lición. Fuimos y

[49] *váguido*: 'vaguido, que padece vahídos'.

[50] Juego de palabras con el término *béndición*. *Hacer alguna cosa con bendición* es 'hacerla a gusto y satisfacción de todos'.

En la otra versión, en vez del fragmento *y la cena… bendición*, se lee: "cenamos mucho menos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro: cabra asada. Mire v. m. si inventara el diablo tal cosa". □

[51] El ocultar la avaricia o la miseria so capa de higiene o virtud es un tópico afín a la tradición picaresca desde el *Lazarillo*.

[52] Por la creencia clásica, y de hecho generalizada, de que las tribulaciones diurnas son el asunto primordial de los sueños nocturnos.

[53] Este políptoton no ha quedado sin eco. Así, se lee en el *Gregorio Guadaña*: «hablaba setenta y dos lenguas juntas y no hablaba ninguna».

[54] *trazando*: 'tramando'; véase la nota 36 de I, 6.

[55] *cuenta de perdones*: 'sarta de cuentas a la que se atribuía la capacidad de

oímosla todos.[56] Mandáronme leer el primer nominativo a los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas.[57] Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los pies, otros las manos y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa, y esto por muy gran rato, y mucha gente que venía a sólo aquello de fuera; y, preguntando a uno un día que qué sería (porque Cabra se enojó de que se lo preguntase), respondió que los unos tenían sarna y los otros sabañones y que, en metiéndolos en aquella casa, morían de hambre, de manera que no comían desde allí adelante.[58] Certificome que era verdad, y yo, que conocí la casa, lo creo. Dígolo porque no parezca encarecimiento lo que dije.

Y volviendo a la lición, diola y decorámosla.[59] Y prosiguió siempre en aquel modo de vivir que he contado; sólo añadió a la comida tocino en la olla por no sé qué que le dijeron,[60] un día, de hidalguía allá fuera.[61] Y así, tenía una ceja de yerro toda agujerada como salvadera,[62] abríala y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala a cerrar y metíala colgando de un cordel en la olla para que la diese algún zumo por los agujeros y quedase para otro día el tocino. Pareciole después que en esto se gastaba mucho y dio en sólo asomar el tocino a la olla.

conseguir indulgencia en favor de las ánimas del purgatorio'; *altar previlegiado*: 'porque mediante la misa celebrada en él se logra indulgencia plenaria para el alma del difunto a quien se dedica'.

[56] Añade *X*: «ya mis espaldas y ijadas nadaban en el jubón, y las piernas daban lugar a otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas, amarillos, vestidos de desesperación».□

[57] Hay una disemia en el empleo del verbo *comer* que, además de en su acepción primaria, se utiliza en el sentido de 'hablar confusamente, omitiendo sílabas o palabras'.

[58] Nueva disemia; aquí *comían* debe entenderse también en el sentido de 'picaban'.

X añade, más arriba, tras *diciendo* que: «él había visto meter en casa, recién venido, dos frisones y que, a dos días, salieron caballos ligeros que volaban por los aires; y que vio meter mastines pesados y, a tres horas, salir galgos corredores; y que...», continuando a partir de aquí como *B*.□

[59] 'la recitamos, o quizá aprendimos, de memoria, de coro'.

[60] La fórmula *no sé qué*, extendidísima en la época, es empleada frecuentemente en la obra a modo de reticencia irónica.

[61] Como es sabido, a los judíos no les está permitido comer cerdo, por lo que su consumo servía, por contra, para blasonar de cristiano viejo.

[62] 'útil de escritorio, agujereado en

Dábase la olla por entendida del tocino, y nosotros comíamos algunas sospechas de pernil.[63]

Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que, ya que para comer, al cabo de un mes, no hallábamos remedio, le buscamos para no levantarnos de mañana. Y así, trazamos de decir que teníamos algún mal. No osamos decir calentura, porque, no la teniendo, era fácil de conocer el enredo. Dolor de cabeza u muelas era poco estorbo. Dijimos, al fin, que nos dolían las tripas y que estábamos muy malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres días,[64] fiados en que, a trueque de no gastar dos cuartos en una melecina,[65] no buscaría el remedio. Mas ordenolo el diablo de otra suerte, porque tenía una que había heredado de su padre, que fue boticario. Supo el mal, y tomola y aderezó una melecina,[66] y, haciendo llamar una vieja de setenta años, tía suya, que le servía de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas.[67]

Empezaron por don Diego. El desventurado atajose,[68] y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo y diole con ella en el cogote, y vino a servir por defuera de guarnición la que dentro había de ser aforro.[69] Quedó el mozo dando gritos; vino Cabra y, viéndolo, dijo que me echasen a mí la otra, que luego tornarían a don Diego. Yo me resistía, pero no me valió, porque, teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, a la cual, de retorno, di con ella en toda la cara. Enojose Cabra conmigo, y dijo que él me echaría de su casa, que bien se echaba de ver que era bellaquería todo. Yo rogaba a Dios que se enojase tanto que me despidiese, mas no lo quiso mi ventura.

Quejábamonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacía creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos

su parte superior, que contiene arenilla para enjugar la tinta fresca'.

[63] 'muslo del cerdo'.

[64] *no haber hecho de nuestras personas*: 'no haber defecado'.

[65] 'lavativa, enema', y también la jeringa con que se aplica.

[66] El doble significado de *melecina* –'purga y jeringa'– hace que el texto parezca aquí incongruente. *S* y *E*, quizá con afán corrector, añaden, al *tenía una* anterior, los términos *jeringa* y *receta*, respectivamente.

[67] Lo mismo que 'melecinas'.

[68] *atajóse*: 'se cortó, por vergüenza o miedo'. Parece indicarse que don Diego no mantuvo la postura requerida.

[69] Chiste con términos propios del vestir: *guarnición* es el adorno externo a modo de gala (véase la nota 16) y *aforro* es lo mismo que 'forro', esto es, 'tela

valían plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase de comer y sirviese a los pupilos, y despidió al criado porque le halló, un viernes a la mañana, con unas migajas de pan en la ropilla.[70] Lo que pasamos con la vieja, Dios lo sabe. Era tan sorda, que no oía nada: entendía por señas; ciega y tan gran rezadora, que un día se le desensartó el rosario sobre la olla y nos la trujo con el caldo más devoto que he comido.[71] Unos decían: –«¡Garbanzos negros! Sin duda son de Etiopia».[72] Otro decía: –«¡Garbanzos con luto! ¿Quién se les habrá muerto?». Mi amo fue el primero que se encajó una cuenta y, al mascarla, se quebró un diente. Los viernes solía inviar unos güevos con tantas barbas, a fuerza de pelos y canas suyas, que pudieran pretender corregimiento u abogacía.[73] Pues meter el badil por el cucharón y inviar una escudilla de caldo empedrada era ordinario.[74] Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba en la olla.[75] Y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase.

Pasamos en este trabajo hasta la Cuaresma.[76] Vino, y, a la entrada della, estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico hasta que ya él pedía confisión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso y dijo que la hambre le había ganado por la mano en matar aquel hombre.[77] Diéronle el Sacramento, y el pobre, cuando le vio –que había un día que no hablaba– dijo:

que reviste internamente una pieza de ropa por abrigo o refuerzo'.

[70] Véase la nota 22 de I, 1.

[71] El rosario es el aditamento tópico de la hipocresía de las viejas medianeras y amas. Como muestra, véase el ama de Alcalá en I, 6.

[72] Ésta parece ser la acentuación normal en la época; *etiope*: 'negro'.

[73] *viernes… huevos*: recuérdese que el viernes era día de abstinencia de carne; *corregimiento u abogacía*: el principal distintivo físico del tipo satírico del letrado era la larga barba.

[74] *badil*: 'pala propia para recoger las brasas y cenizas de chimeneas o braseros'; el ama, pues, lo usaba en vez del cucharón. Cuando se miga o se hacen sopas en la escudilla, se dice que ésta está *empedrada*; por tanto, se sugiere en este caso que flotaban en el caldo inmundicias.

[75] *sabandijas*: 'reptiles e insectos de pequeño tamaño'; *estopa*: 'los desechos más bastos del lino o el cáñamo tras el rastrillado'. Se apunta a la tradicional suciedad de las amas de pupilaje, en especial en lo referido a sus manipulaciones culinarias.

[76] *trabajo*: 'penuria'. Recuérdese que Pablos y don Diego habían llegado al pupilaje el «primero domingo después de Cuaresma»: parece cumplirse ahora, en consecuencia, un año de estancia con Cabra.

[77] *platicante*: 'practicante, aprendiz

–Señor mío Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme que no es el infierno.

Imprimiéronseme estas razones en el corazón. Murió el pobre mozo, enterrámosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados.[78] Divulgose por el pueblo el caso atroz, llegó a oídos de don Alonso Coronel y, como no tenía otro hijo, desengañose de los embustes de Cabra y comenzó a dar más crédito a las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos a tan miserable estado. Vino a sacarnos del pupilaje y, teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros.[79] Y tales nos vio, que, sin aguardar a más, tratando muy mal de palabra al licenciado Vigilia,[80] nos mandó llevar en dos sillas a casa.[81] Despedímonos de los compañeros, que nos seguían con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel, viendo venir rescatados por la Trinidad sus compañeros.[82]

CAPÍTULO CUARTO

De la convalecencia y ida a estudiar a Alcalá de Henares

Entramos en casa de don Alonso, y echáronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puro roídos de la hambre. Trujeron esploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y a mí, como había sido mi trabajo mayor y la hambre imperial,[1] que al fin me trataban como a criado, en buen rato no me los hallaron. Trujeron médicos y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como a retablos, y bien lo éramos de duelos.[2] Ordenaron

de médico en prácticas'; ganar por la mano: 'adelantarse, anticiparse'. La capacidad mortífera de los galenos, y, como vemos, incluso la de los practicantes, es un componente fundamental del tipo satírico.

[78] 'espantados'.

[79] Porque no los reconocía, tal era su aspecto.

[80] Es apodo que tacha a Cabra de ruin y miserable.

[81] *sillas*: 'sillas de manos'.

[82] Por *Trinidad*, se refiere a la orden de los trinitarios, que, como los mercedarios, se ocupaban de recoger dinero con que liberar a los presos en poder del turco.

[1] *trabajo*: véase la nota 11 de I, 1; imperial: «se toma muchas veces por especial y grande en su línea» (*Autoridades*).

[2] *zorras*: 'zorros; colas de zorro, o

que nos diesen sustancias y pistos.[3] ¿Quién podrá contar, a la primera almendrada y a la primera ave, las luminarias que pusieron las tripas de contento?[4] Todo les hacía novedad. Mandaron los dotores que, por nueve días, no hablase nadie recio en nuestro aposento porque, como estaban güecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquiera palabra.

Con estas y otras prevenciones, comenzamos a volver y cobrar algún aliento, pero nunca podían las quijadas desdoblarse, que estaban magras y alforzadas;[5] y así, se dio orden que cada día nos las ahormasen con la mano del almirez.

Levantábamonos a hacer pinicos dentro de cuarenta días y aún parecíamos sombras de otros hombres y, en lo amarillo y flaco, simiente de los Padres del yermo.[6] Todo el día gastábamos en dar gracias a Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba la hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel día.[7] Solíamos contar a don Alonso cómo, al sentarse en la mesa, nos decía males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida). Y reíase mucho cuando le contábamos que, en el mandamiento de *No matarás*, metía perdices y capones, gallinas y todas las cosas que no quería darnos, y, por el consiguiente, la hambre, pues parecía que tenía por pecado el matarla, y aun el herirla, según regateaba el comer.[8]

Pasáronsenos tres meses en esto, y, al cabo, trató don Alonso de inviar a su hijo a Alcalá, a estudiar lo que le faltaba de la

en general tiras de piel, unidas a un mango, utilizadas para sacudir el polvo'; *retablo de duelos*: se dice de la 'persona en que se acumulan muchos trabajos y miserias'.

[3] *Sustancia* es el 'caldo que se da al enfermo que no puede comer alimentos sólidos', y *pisto*, 'la *sustancia* que se extrae del ave'. Se trata de la alimentación característica del convaleciente.

[4] *almendrada*: 'leche de almendras'; *luminarias*: 'luces que se ponen en torres y ventanas como señal de regocijo'.

[5] *alforzadas*: 'dobladas hacia dentro, acortadas'. *Alhorza* o *alforza* es el 'dobladillo con que se rematan algunas prendas de vestir'.

[6] *Hacer pino* significa 'ponerse en pie'; de ahí que, con el diminutivo plural, *pinitos* o *pinicos*, se designe el caminar vacilante del niño o del convaleciente de alguna enfermedad. *Padres del yermo*: 'eremitas', tales como los de la Tebaida.

[7] *costa*: 'gasto de manutención'.

[8] Estamos ante una muestra de un juguete de ingenio procedente de la tradición aguda del XVI: la paradoja del

Gramática. Díjome a mí si quería ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir a su hijo como vería. Y, con esto, diole un criado para ayo, que le gobernase la casa y tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza.[9] Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje; era una media camita, y otra de cordeles con ruedas para meterla debajo de la otra mía y del mayordomo, que se llamaba Baranda,[10] cinco colchones, ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa blanca y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos a la tardecica,[11] una hora antes de anochecer, y llegamos a la media noche, poco más, a la siempre maldita venta de Viveros.[12]

El ventero era morisco y ladrón, que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel día.[13] Hízonos gran fiesta y, como él y los ministros del carretero iban horros (que ya había llegado también con el hato antes, porque nosotros veníamos de espacio),[14] pegose al coche, diome a mí la mano para salir del estribo y díjome si iba a estudiar. Yo le respondí que sí. Metiome adentro, y estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor.[15] Un viejo mercader y avariento, procurando olvidarse de cenar, andaba esforzando sus ojos que se durmie-

pecador; en este caso, la del avariento que, beneficiándose de una interpretación laxa del quinto mandamiento, se acoge a él para autorizar burlescamente su mezquindad.

[9] Las funciones que se reservan a este criado son, más que las de *ayo*, las de *mayordomo* o administrador, según será considerado más abajo, pero en ocasiones ambos empleos tienden a confundirse. Por *cédulas* hay que entender 'pagarés'. En *Juan Merluza* tenemos otra muestra de apellido animalesco; véase la nota 2 de I, 3.

[10] *Baranda*: «deriva del caló *baranda* ... de *barandar* ... 'castigar', 'azotar' en alusión a la autoridad del mayordomo» (Iventosch).

[11] *a la tardecica*: 'a la caída de la tarde'.

[12] Famosa venta situada en el camino de Madrid a Alcalá, de gran tradición literaria. Gran parte de su renombre es debido a las gentes de mal vivir que, al parecer, la frecuentaban. Obsérvese también la incoherencia del texto al suponer que don Diego y compañía pudieran haberla alcanzado en tan poco tiempo. No se olvide que salen de Segovia.

[13] *perro*: 'morisco', peyorativamente. Sobre *gato* y la acepción de 'ladrón', véase la nota 8 de I, 2.

[14] *ministros*: 'mozos, ayudantes'; *ir horros*: «estar o ponerse de acuerdo varios para ir contra otros» (*Léxico*).

[15] *mujercillas*: 'prostitutas', por eufemismo; *al olor*: es decir, 'atraído por la presencia de las mujeres' (véase el

sen en ayunas; arremedaba los bostezos, diciendo: «Más me engorda un poco de sueño que cuantos faisanes tiene el mundo». Dos estudiantes fregones, de los de mantellina, panzas al trote, andaban aparecidos por la venta para engullir.[16] Mi amo, pues, como más nuevo en la venta y muchacho, dijo:

–Señor güésped, deme lo que hubiere para mí y mis criados.

–Todos lo somos de V. Md. –dijeron al punto los rufianes– y le hemos de servir.[17] ¡Hola, güésped!, mirad que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes. Vaciad la dispensa.

Y, diciendo esto, llegose el uno y quitole la capa y dijo:

–Descanse V. Md., mi señor –y púsola en un poyo.[18]

Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta.[19] Dijo una de las mujeres:

–¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va a estudiar? ¿Es V. Md. su criado?

Yo respondí, creyendo que era así como lo decían, que yo y el otro lo éramos.[20] Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó a él medio llorando y, dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

–¡Oh, mi señor don Diego, ¿quién me dijera a mí, agora diez años,[21] que había de ver yo a V. Md. desta manera? Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá V. Md.!

Él se quedó admirado, y yo también, que juráramos entrambos no haberle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando a don Diego a la cara y dijo a su amigo:

–¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas?

texto correspondiente a la nota 77 de III, 10). Este último es uno de los comentarios considerados reprensibles por el Tribunal de la justa venganza.

[16] *mantellina*: 'especie de capa corta propia de fregonas y estudiantes pobres'; *panzas al trote*: 'gorrones'. Se trata de estudiantes cuyo modo de vida es el servicio a los compañeros de más posibles.

Esta presentación de los huéspedes que don Diego y Pablos encuentran en la venta aparece aquí más desarrollada que en *X*, donde se lee: «y estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregones, de los de mantellina, buscando trazas para engullir».□

[17] *lo* se refiere a *criados*.

[18] *poyo*: 'banco arrimado a la pared', generalmente de piedra.

[19] *desvanecerse*: 'ufanarse, vanagloriarse'.

[20] Esto es, Pablos y Baranda, el mayordomo.

[21] 'hace diez años'.

¡Gran dicha ha sido nuestra conocelle según está de grande! ¡Dios le guarde! –y empezó a santiguarse.

¿Quién no creyera que se habían criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y, preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles y, oliendo la estafa, dijo:

–Dejen eso, que después de cenar se hablará, que se enfría.

Llegó un rufián y puso asientos para todos y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron:

–Cene V. Md., que, entre tanto que a nosotros nos aderezan lo que hubiere, le serviremos a la mesa.[22]

–¡Jesús! –dijo don Diego–, V. Mds. se sienten, si son servidos.

Y a esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos):[23]

–Luego, mi señor, que aún no está todo a punto.

Yo, cuando vi a los unos convidados y a los otros que se convidaban, afligime y temí lo que sucedió. Porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y, mirando a mi amo, dijeron:

–No es razón que, donde está un caballero tan principal, se queden estas damas sin comer. Mande V. Md. que alcancen un bocado.

Él, haciendo del galán, convidolas. Sentáronse y, entre los dos estudiantes y ellas, no dejaron sino un cogollo, en cuatro bocados, el cual se comió don Diego. Y, al dársele, aquel maldito estudiante le dijo:

–Un agüelo tuvo V. Md., tío de mi padre, que jamás comió lechugas; y son malas para la memoria, y más de noche, y éstas no son buenas.[24]

Y, diciendo esto, sepultó un panecillo, y el otro, otro. Pues ¿las mujeres? Ya daban cuenta de un pan, y el que más comía era el cura con el mirar sólo. Sentáronse los rufianes con medio

[22] «El truco de ayudar a servir la mesa era el más socorrido para invitarse; Quevedo lo repetirá en III, 6» (Jauralde).

[23] 'sin que don Diego se hubiese dirigido a ellos'.

[24] Probablemente el comentario deba entenderse como una alusión velada a las dificultades con la justicia, o la Inquisición, del pariente de don Diego. Véase la introducción. Recuérdese la costumbre de arrojar hortalizas a los condenados. En la otra versión, el pasaje resulta algo más transparente: «[Un agüelo tuvo V. Md., tío de mi padre,] que en viendo lechugas se desmayaba; ¡qué hombre era tan cabal!».

cabrito asado y dos lonjas de tocino y un par de palomas cocidas, y dijeron:

–Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance, que mi señor don Diego nos hace merced a todos. ¡Pesia diez, la Iglesia ha de ser la primera!

No bien se lo dijeron, cuando se sentó.

Ya, cuando vio mi amo que todos se le habían encajado, comenzose a afligir. Repartiéronlo todo y a don Diego dieron no sé qué güesos y alones, diciendo que «del cabrito el huesecito y del ave el aloncito» y que el refrán lo decía.[25] Con lo cual nosotros comimos refranes y ellos aves. Lo demás se engulleron el cura y los otros. Decían los rufianes:

–No cene mucho, señor, que le hará mal.

Y replicaba el maldito estudiante:

–Y más, que es menester hacerse a comer poco para la vida de Alcalá.[26]

Yo y el otro criado estábamos rogando a Dios que les pusiese en corazón que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los güesos de los otros, volvió el un rufián y dijo:

–¡Oh, pecador de mí! No habemos dejado nada a los criados. Vengan aquí V. Mds. ¡Ah, señor güésped!, deles todo lo que hubiere; vea aquí un doblón.

Tan presto saltó el descomulgado pariente de mi amo (digo el estudiantón) y dijo:

–Aunque, V. Md. me perdone, señor hidalgo, debe de saber poco de cortesía. ¿Conoce, por dicha, a mi señor primo? Él dará a sus criados, y aun a los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado a nosotros.

Y volviéndose a don Diego, que estaba pasmado, dijo:

–No se enoje V. Md., que no le conocían.

Maldiciones le eché cuando vi tan gran disimulación, que no pensé acabar.

[25] Si tal refrán existe, no he podido documentarlo. Parece creación de Quevedo.

Este fragmento –*diciendo… aves*– falta en *X*.

[26] El hambre aparejada a la vida estudiantil es un tópico bien conocido. De otro lado, esta justificación irónica de la carencia presente en favor de la preparación para un futuro de nuevas carencias parece asimismo tradicional.

Levantaron las mesas, y todos dijeron a don Diego que se acostase. Él quería pagar la cena, y replicáronle que no lo hiciese, que a la mañana habría lugar. Estuviéronse un rato parlando.[27] Preguntole su nombre al estudiante, y él dijo que se llamaba tal Coronel. ¡En los infiernos descanse, dondequiera que está! Vio al avariento que dormía y dijo:

–¿V. Md. quiere reír? Pues hagamos alguna burla a este mal viejo, que no ha comido sino un pero en todo el camino y es riquísimo.

Los rufianes dijeron:

–Bien haya el licenciado; hágalo, que es razón.

Con esto, se llegó y sacó al pobre viejo, que dormía, de debajo de los pies unas alforjas y, desenvolviéndolas, halló una caja, y, como si fuera de guerra, hizo gente.[28] Llegáronse todos, y, abriéndola, vio ser de alcorzas.[29] Sacó todas cuantas había y, en su lugar, puso piedras, palos y lo que halló; y, encima, dos o tres yesones y un tarazón de teja.[30] Cerró la caja y púsola donde estaba y dijo:

–Pues aún no basta, que bota tiene el viejo.

Sacola el vino y, desenfundando una almohada de nuestro coche, después de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa y la cerró.[31] Con esto, se fueron todos a acostar para una hora que quedaba o media, y el estudiante lo puso todo en las alforjas y, en la capilla del gabán, le echó una gran piedra y fuese a dormir.[32]

Llegó la hora de caminar; despertaron todos, y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y, al levantarse, no podía levantar la capilla del gabán. Miró lo que era; y el mesonero, adrede, le riñó, diciendo:

[27] 'De charloteo'.

[28] *caja*: «se utiliza casi siempre como recipiente de comida» (Jauralde); pero también puede ser el tambor con que se atrae a los deseosos de alistarse en el ejército. De ahí el *hacía gente*.

[29] 'especie de tortas recubiertas por una pasta dulce'.

[30] *tarazón*: 'trozo'.

En este caso, la versión del manuscrito Bueno morigera notablemente el contenido escatológico del texto. En *X*, en vez de *y encima… teja*, se dice: «luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones».□

[31] *la* se refiere, evidentemente, a *bota*.

[32] *capilla*: 'capuchón'; *gabán*: 'capote rústico'. La capilla se utilizaba con frecuencia a modo de bolsa.

–¡Cuerpo de Dios!, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esa piedra? ¿Qué les parece a V. Mds., si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago.[33]

Juraba y perjuraba, diciendo que no había metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino a montar, de cena sólo, treinta reales,[34] que no entendiera Juan de Leganés la suma.[35] Decían los estudiantes:

–No pide más un ochavo.[36]

Y respondió un rufián:

–No, si no, burlárase con este caballero delante de nosotros; aunque ventero, sabe lo que ha de hacer. Déjese V. Md. gobernar, que en mano está.[37]

Y, tosiendo, cogió el dinero, contolo y, sobrando del que sacó mi amo cuatro reales, los asió, diciendo:

–Éstos le daré de posada, que a estos pícaros con cuatro reales se les tapa la boca.

Quedamos sustados con el gasto.[38] Almorzamos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas y, porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatolas a escuras debajo del gabán; y, agarrando un yesón, echósele en la boca y fuele a hincar una muela y medio diente que tenía, y por poco los perdiera. Comenzó a escupir y hacer gestos de asco y de dolor; llegamos todos a él, y el cura el primero, diciéndole que qué tenía. Empezose a ofrecer a Satanás. Dejó caer las alforjas. Llegose a él el estudiante y dijo:

–¡Arriedro vayas, cata la cruz![39]

[33] A algunas piedras se les atribuían propiedades curativas, si bien solía tratarse de piedras preciosas.

[34] 'monedas de plata'; el *real* era la base del sistema monetario. Los oficiales artesanos, hacia 1627, no solían superar el salario de seis reales por jornada.

[35] Juan Monje, natural de Leganés, era un mozo rústico, sin formación alguna, y muy popular por su habilidad natural para el cálculo.

[36] Es decir, 'no pide ni siquiera un ochavo más de lo justo'; *ochavo*: 'moneda de cobre de poco valor'.

[37] *Estar algún asunto en mano* indica que se tiene por resuelto o bien encauzado.

[38] *sustados*: 'asustados'.

Todo el pasaje –desde *No pide más* hasta *gasto*– aparece muy ampliado respecto a *X*: «Como hemos de servir a V. M. en Alcalá, quedamos ajustados con el gasto».□

[39] *Arriedro vayas*: como 'vade retro'.

Otro abrió un breviario; hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era y pidió que le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino,[40] que él traía bota. Dejáronle, y, sacándola, abriola y, echando en un vaso un poco de vino, salió con la lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podía beber ni colar.[41] Entonces acabó de perder la paciencia el viejo, pero, viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y las mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en dos borricos, y nosotros nos subimos en el coche;[42] y no bien comenzó a caminar cuando unos y otros nos comenzaron a dar vaya,[43] declarando la burla. El ventero decía:

–Señor nuevo, a pocas estrenas como ésta, envejecerá.[44]

El cura decía:

–Sacerdote soy; allá se lo diré de misas.[45]

Y el estudiante maldito voceaba:

–Señor primo, otra vez rásquese cuando le coman y no después.[46]

El otro decía:

–Sarna de V. Md., señor don Diego.[47]

Nosotros dimos en no hacer caso; Dios sabe cuán corridos íbamos.

Con estas y otras cosas, llegamos a la villa; apeámonos en un mesón, y en todo el día, que llegamos a las nueve, acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos en limpio sacar el gasto.

Según se aclara enseguida, lo tratan de endemoniado.

[40] *enjaguar*: 'enjuagar', con metátesis.

[41] El vino es *salvaje* por metáfora, ya que el retrato tradicional del 'hombre salvaje', frecuente en relatos de caballerías, sentimentales y pastoriles, lo representa como un ser velloso y barbado.

[42] En la otra versión, el borrico era sólo uno. Y a ello había objetado el *Tribunal de la justa venganza* por considerar indigno del sacerdote la comunidad de cabalgadura con los estudiantes.□

[43] 'dar matraca'.

[44] *estrenas*: 'iniciaciones rituales, novatadas'.

[45] *Decírselo de misas* es una locución irónica común para declinar el pago de una deuda o la devolución de un favor. Y más irónica aún en boca de un cura.

[46] *coman*: véase la nota 58 de I, 3.

[47] *Sarna de v. m.* es aquí una expresión contrahecha a partir de la fórmula 'servidor de V. M.', con la que antes, por cierto, se había jugado (Ife); adviértase además la inmediatez de la dilogía con el verbo *comer*, que explica el chiste: el estudiante se declara, como

CAPÍTULO QUINTO

De la entrada de Alcalá, patente y burlas que le hicieron por nuevo

Antes que anocheciese, salimos del mesón a la casa que nos tenían alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque ésta teníamos entre tres moradores diferentes no más.[1]

Era el dueño y güésped de los que creen en Dios por cortesía o sobre falso; moriscos los llaman en el pueblo.[2] Recibiome, pues, el güésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento. Ni sé si lo hizo porque le comenzásemos a tener respeto u por ser natural suyo dellos, que no es mucho que tenga mala condición quien no tiene buena ley.[3] Pusimos nuestro hatillo, acomodamos las camas y lo demás, y dormimos aquella noche.

Amaneció, y helos aquí en camisa a todos los estudiantes de la posada a pedir la patente a mi amo.[4] Él, que no sabía lo que era, preguntome que qué querían, y yo, entre tanto, por lo que podía suceder, me acomodé entre dos colchones y sólo tenía la media cabeza fuera, que parecía tortuga.[5] Pidieron dos docenas de reales; diéronselos, y con tanto comenzaron una grita del diablo, diciendo:

la sarna, dispuesto a comer a costa de don Diego.

[1] La *puerta de Santiago*, hoy desaparecida, se encontraba en las cercanías de la calle e iglesia del mismo nombre, al norte de la ciudad. Por *patio de estudiantes*, habrá que entender 'manzana de edificios habitados por estudiantes con un patio común'; *ésta* se refiere a *casa*.

[2] En la otra versión de la obra, aparece además el siguiente comentario: «que hay muy grande cosecha desta gente, y de la que tiene sobradas narices y sólo les faltan para oler tocino; digo esto confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha».□

[3] Equívoco en los términos *condición* y *ley*. *Condición* se refiere tanto a la naturaleza o carácter de una persona como a su nacimiento; y *tener buena ley* se dice de las personas fieles y leales, pero también alude a los principios religiosos o ley divina.

[4] *patente*: 'tributo que el novato debe entregar a los veteranos'.

[5] Es imagen que aparece en el *Quijote* de 1615 y que Quevedo recoge en su poema *Testamento de don Quijote*.

–Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad. Goce de las preeminencias de antiguo.[6] Pueda tener sarna, andar manchado y padecer la hambre que todos.

Y con esto (¡mire V. Md. qué previlegios!) volaron por la escalera, y al momento nos vestimos nosotros y tomamos el camino para escuelas.

A mi amo, apadrináronle unos colegiales conocidos de su padre y entró en su general;[7] pero yo, que había de entrar en otro diferente y fui solo, comencé a temblar. Entré en el patio, y no hube metido bien un pie, cuando me encararon y empezaron a decir: –«¡Nuevo!». Yo, por disimular, di en reír, como que no hacía caso; mas no bastó, porque, llegándose a mí ocho u nueve, comenzaron a reírse. Púseme colorado; nunca Dios lo permitiera, pues, al instante, se puso uno que estaba a mi lado las manos en las narices y, apartándose, dijo:

–Por resucitar está este Lázaro, según olisca.[8]

Y con esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, puse las manos también y dije:

–V. Mds. tienen razón, que huele muy mal.[9]

Dioles mucha risa y, apartándose, ya estaban juntos hasta ciento; comenzaron a escarrar y tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se me aparejaban gargajos.[10] En esto, un manchegazo acatarrado hízome alarde de uno terrible, diciendo:[11]

–Esto hago.

Yo entonces, que me vi perdido, dije:

–¡Juro a Dios que ma...!

Iba a decir *te*,[12] pero fue tal la batería y lluvia que cayó sobre

[6] Esto es, 'de veterano'.

[7] *general*: «En Salamanca las aulas se llaman generales por ser comunes y admitirse en ellas todos los que quieren entrar a oír liciones» (Covarrubias).

[8] Alusión al Lázaro evangélico, que fue resucitado cuatro días después de su muerte; *olisca*: 'huele mal, hiede'.

[9] Pablos trata en vano de escurrir el bulto, sumándose a los estudiantes que lo acosan.

[10] *escarrar*: 'esgarrar'; *tocar al arma*: 'tocar a rebato'. La imagen tiene su fundamento en el ruidoso carraspeo estudiantil.

[11] *hízome alarde*: 'me mostró'. *Alarde* significa 'la formación militar en que se exhibe y hace reseña de la tropa y armamento'.

[12] Esto es, Pablos iba a decir *mate*, cuando fue interrumpido.

La lectura transcrita –*Juro a… te*– es la de *S*; la de *B* es la siguiente: «Juro a Dios que me a. Iba a decir "te"».□

mí, que no pude acabar la razón.[13] Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban a mí; y era de ver cómo tomaban la puntería.[14]

Estaba ya nevado de pies a cabeza, pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenía en la cara cosa, arrancó hacia mí diciendo con gran cólera:

–¡Baste, no le deis con el palo! –que yo, según me trataban, creí dellos que lo harían.

Destapeme por ver lo que era, y, al mismo tiempo, el que daba las voces me enclavó un gargajo en los dos ojos.[15] Aquí se han de considerar mis angustias. Levantó la infernal gente una grita que me aturdieron. Y yo, según lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que, por ahorrar de médicos y boticas, aguardan nuevos para purgarse.

Quisieron tras esto darme pescozones, pero no había dónde sin llevarse en las manos la mitad del afeite de mi negra capa,[16] ya blanca por mis pecados. Dejáronme, y iba hecho zufaina de viejo a pura saliva.[17] Fuime a casa, que apenas acerté, y fue ventura el ser de mañana, pues sólo topé dos o tres muchachos, que debían de ser bien inclinados, porque no me tiraron más de cuatro u seis trapajos y luego me dejaron.[18] Entré en casa, y el morisco que me vio, comenzose a reír y a hacer como que quería escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije:

–Tené, güésped, que no soy *Ecce-Homo*[19].

Nunca lo dijera, porque me dio dos libras de porrazos, dándome sobre los hombros con las pesas que tenía. Con esta ayuda

[13] *batería*: 'ataque con proyectiles'; en este caso, gargajos.

[14] En *blanco* hay una dilogía entre la acepción que lo identifica con un color determinado –con el que Quevedo identifica comúnmente la saliva– y la que lo hace sinónimo de 'diana, objetivo hacia el que se dispara'. Obsérvese además la sucesión de imágenes militares: *tocar al arma*, *batería*, *alarde*.

[15] ¿'en el entrecejo' ?

[16] *afeite*: 'adorno, cosmético', en sentido irónico, por supuesto; *negra*: 'color del tejido', y también 'desventurada'.

[17] *zufaina*: 'jofaina, palangana'; y, más específicamente, 'escupidera'.

[18] *trapajo*: «el paño vil con que se limpian las mesas y los bancos» (Covarrubias); quizá aquí tenga el sentido de 'gargajo'.

[19] *Ecce homo* son las palabras con que Pilatos, habiéndose lavado las manos, entrega a Jesús (San Juan, 19, 5). Pablos, por tanto, moteja al huésped de judío, al identificarlo con los participantes en la Pasión de Cristo. Es preciso atender también al sentido coloquial que en español tiene *Ecce homo*: 'persona lacerada y de aspecto lastimoso'.